

J. Paulorena

MUERTE EN
BLANCO

ECO
EdicionesCivicas.O

Impreso en papel CORAL BOOK IVORY Offset Editorial Ahuesado.
ECF (Elementary Chlorine Free)
100% reciclable, biodegradable y compostable
Certificados ISO 9001, ISO 14001 e ISO 50001
Certificado EMAS (Reglamento Comunitario de Ecogestión y Auditoría).

Primera edición: diciembre 2017

© 2017 J. Paulorena

© 2017 EC.O Ediciones Cívicas.Org
<http://edicionescivicas.org>
eco@edicionescivicas.org

Diseño de la cubierta: GJCREATIVE
gjcreative.com

Printed in Spain – Impreso en España

ISBN: 978-84-946360-8-0
Depósito legal: BI-1738-2017

Quedan prohibidos, dentro de los límites de la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa de la editorial.

*Es para vosotros,
porque al sentirlos cerca
la ilusión que es mi vida
se hace Realidad*

Blanco.

*Un estallido de blanco, una luz que ciega el color.
La ausencia de estímulos y de pensamientos
es llenada de blanco.
El blanco de la muerte.*

*El blanco es intenso y cubre el mundo,
un vacío absoluto cuya única razón de ser
es ser blanco.*

*No existe el miedo, ni el amor.
Tampoco los susurros del alma necesitada de definición.
Ningún rumor es audible porque no hay sonido.
No hay sensaciones porque no existe ningún cuerpo.
Sólo el blanco, immaculado,
carente de toda imperfección porque carece de todo.*

*Un espacio vacío de tiempo hueco.
Un Universo en blanco listo para ser modelado
por la mente de Dios.*

SAMUEL

La placa vibró sobre la mesa de la cocina y Samuel se incorporó sobresaltado. Un informe holográfico surgió de la estrella policial.

Caso de asesinato.

Leyó el escueto certificado, apenas cuatro líneas. Frunció el ceño.

Se levantó de la silla, se estiró y los huesos le crujieron. Se sentía entumecido y cansado. Fue hasta el baño y se miró en el espejo. Tenía barba de varios días y ojeras bajo los ojos. Corrió el espejo y tomó un bote de pastillas, que estaba medio vacío. Se tragó dos reconstituyentes y se lavó la cara.

Se quitó la ropa y la metió en un cubo, que estaba medio lleno. Llevaba tres días sin descansar, decidió darse una ducha fría para despejarse.

El dormitorio no era usado con frecuencia y ofrecía datos relevantes acerca de su propietario: Samuel apenas estaba en casa y nunca dormía en la cama. El salón, aunque era cómodo y estaba bien amueblado, era otro ejemplo de espacio que no utilizaba. Siempre trabajaba en la mesa de la cocina, donde a veces lograba vencer al insomnio y se quedaba dormido un par de horas seguidas.

Sacó ropa limpia del armario y se vistió. Empezaba a sentirse persona cuando se encendió la placa. Regresó a la cocina y resopló, la llamada entrante provenía de comisaría. Abrió la recepción y descubrió sin sorpresa que era el propio Víctor quien comunicaba.

—Samuel, ¿has recibido el informe?

—Buenos días, comisario —la imagen holográfica frunció el ceño.

—¿Lo has leído?

—Por encima. No me interesa, dáselo a Pereda.

—Pereda está con la mierda esa del clavo, igual que Mason y medio departamento. No me jodas, Samuel. Quiero que tú te ocupes de ello.

—Eres tú quien quiere joderme, Víctor.

Los labios del comisario se tensaron.

—Tienes razón, olvídate del caso. Seguro que esta noche tampoco has dormido, está claro que no puedes trabajar en el estado en el que te encuentras. Voy a concertar una cita con la doctora Serena. Cuando vengas a la central pásate por su despacho. Es una orden.

—No tengo ganas de jugar a esto contigo. Me rindo —dijo Samuel con resignación—. ¿Quién es la víctima?

—Léete el informe, ahí se explica todo lo que sabemos. Otra cosa: colabora con ellos. Es una orden.

A Samuel no le gustó eso de colaborar con ellos, y menos que remaricara que era una orden. El comisario le escrutaba pero relajó los hombros, casi había preocupación en su mirada.

—Y Samuel, lo digo en serio: deberías tomarte unas vacaciones.

Cortó la comunicación sin responder. ¿Vacaciones? ¿Para qué? La doctora Serena le había diagnosticado un

trastorno crónico del sueño y le envió a la consulta de unos especialistas. Estos le dijeron que podía corregirse con el injerto de un implante sináptico, pero ello suponía una leve trepanación, hacerle un pequeño corte en el cerebro donde acoplar el cacharro. Los neurólogos despreciaban el riesgo de la cirugía, aunque no negaban una posible pérdida de memoria. Le mostraron datos que indicaban que la inmensa población aceptaba los implantes artificiales y le insistieron en que la pérdida de un poco de memoria real se compensaba con el beneficio de un implante sináptico y la curación del insomnio.

Él respondió mandándoles a la mierda.

—*Copia impresa del caso AX-1877-MEB* —una máquina conectada junto a la cafetera escupió una hoja de papel térmico. Samuel leyó el nombre de la víctima.

—Hay que joderse.

Néstor, autor de proyecciones sinápticas para la cadena HvCorp. Se dedicaba a crear historias de realidad virtual que eran transferidas a los implantes, directas al cerebro.

La publicidad anunciaba que, gracias a un implante sináptico, el espectador sería el protagonista de una película o juego como si fuera la vida real. En todo el mundo, millones de personas se conectaban a la experiencia de ser los héroes de una vida fingida. Y por supuesto había todo tipo de historias.

Samuel tenía un visor de realidad virtual que le permitía conectarse y tener una experiencia similar a tener un implante pero sin implante. Con el visor RV la información se descargaba por los sentidos de la vista y el oído, pero con el implante la proyección llegaba directamente al cerebro. Los anuncios decían que los

espectadores disfrutarían de momentos más allá de la realidad.

Eso podía ser lo que querían miles de millones de personas, más del noventa por ciento de la población mundial para ser exactos. Pero Samuel ni siquiera encendía el proyector en modo bidimensional, la forma más simple de ver la holovisión.

El informe del caso seguía con edad, descripción física, estado social y demás detalles.

Dato: la víctima había sido encontrada en el salón del domicilio por su pareja sentimental.

Samuel se podía imaginar al autor trabajando toda la noche, sin poder dormir, absorto en una historia para mantener la mente ocupada sin saber que la muerte llegaba.

Causa de la muerte: ataque al corazón. No constaba ninguna prueba de que se tratara de un asesinato. Le dio la vuelta al impreso y vio que estaba en blanco. Normalmente los informes llegaban plagados de datos, inútiles la mayoría. Nunca había recibido un informe tan escueto y tan absurdo.

En la sección de notas había dos frases. Una de ellas decía: CC-I3.

—Activación por voz.

La estrella de la placa policial se activó

—*Comando aceptado* —dijo la placa con voz electrónica.

—Descripción de contrato empresarial tipo CC-I3.
Lectura en negrita.

Si no pedía lectura en negrita, el ordenador de la central podía tirarse media hora leyéndole cláusulas y más cláusulas. La lectura en negrita era un conciso

resumen de lo más importante. A veces uno no necesita de toda la información para comprender el total.

—*Contrato corporativo de tipo intelectual* —le respondió la placa—. *La empresa que suscribe adquiere íntegramente la obra artística desarrollada a partir de la tecnología implantada.*

Samuel asintió y leyó la otra frase de las anotaciones del informe.

—¿Por qué se encuentra el cadáver en la corporación Biotech? —se preguntó en voz alta.

La placa le contestó.

—*Carezco de esa información.*

Estúpida inteligencia artificial. En el fondo, Samuel prefería que el procesador de la policía fuera así de frío, conciso y estúpido. No como esas nuevas inteligencias artificiales que imitaban una personalidad programada.

—¿Qué conexión existe entre HvCorp y Biotech?

Esta vez la placa tardó unos segundos en responder.

—*Holovision Corporation es filial de Biotech.*

Es decir, que HvCorp sólo era uno de los tentáculos de la gigante Biotech. Expiró un largo suspiro y cortó la conexión con el ordenador central.

Si pudiera elegir, Samuel optaría por enfrentarse a una banda callejera colocada de clavo, y con una mano atada en la espalda, antes que pisar terreno corporativo.

El comisario le había obligado a aceptar aquel caso y, maldita sea, tendría que rebuscar entre la mierda de una corporación que se gastaba al mes en abogados más de lo que él ganaría en un año. Aquella historia no le gustaba nada.

Estaba demasiado cansado, llamaría a Víctor y le tomaría la palabra. A la mierda con sus amenazas de vacaciones forzadas y que les den por saco a los tejemanejes corporativos. Unos días libres no le vendrían nada mal.

Samuel estuvo dos minutos sentado en la cocina, inmóvil. Tenía el brazo apoyado sobre la mesa, a escasos centímetros de distancia de la placa, tremendamente lejos. Su mirada estaba puesta en el blanco vacío.

Meneó la cabeza, cogió el informe y, cansado, fue hasta la salida.

El deslizador sobrevoló la fachada escalonada repleta de vegetación. El edificio tenía forma de pirámide de cristal y arriba, como el ojo de Dios sobre una arquetípica construcción, las brillantes siglas Biotech competían en fulgor contra el sol del amanecer.

Tres hombres de seguridad esperaban y se acercaron cuando el vehículo aterrizó. Uno de ellos se adelantó para recibir al detective de la policía.

—Samuel. Cuánto tiempo.

El detective sintió que la comprensión le robaba fuerzas.

—Joder, Maxwell —exclamó abatido—. Eres un cabrón.

—Pues sí.

—¿Sí qué? ¿Sí eres un cabrón o sí estoy aquí por tu culpa?

Max era alto, negro y una mala bestia en las situaciones hostiles. Llegó a la ciudad hacía diez años, cuando el Gobierno aplicó la ley de intercambio de policías, primero a nivel regional, luego confederado y

por último global. Max había dejado el cuerpo cinco años después, tras lograr el ansiado ascenso gracias a su compañero. Aunque se habían separado como amigos, lo último que Samuel sabía de él era que había firmado contratos de seguridad privada.

Caminaban hacia el vestíbulo escoltados por los otros dos miembros de seguridad. El detective les había echado un rápido vistazo para saber qué tenía tras él: trajes de asalto, rifles automáticos con el seguro puesto pero el dedo en el gatillo, ojos vacíos y cuerpos tensos preparados para actuar a la menor señal de peligro. Mercenarios.

—He recomendado que la policía esté presente mientras disponemos de la víctima, y me tomé la libertad de sugerir tu nombre al señor Werther. El señor Werther es el director general de Biotech en esta región —señaló como si fuera un dato a tener en cuenta.

—¿Y no podías haber pensado en otro? ¿Por qué me odias, Max?

—No te odio, Samuel. Te debía una —le dijo serio.

—Pues menuda forma de devolver un favor.

—Es un caso muy interesante. Me lo agradecerás.

Max parecía tranquilo y seguro de sí mismo, había madurado en estos años.

—Ni siquiera estoy seguro de que sea un asesinato —respondió el detective.

Max no dijo nada y Samuel asintió para sí mismo. Callar podía ser tan significativo como dar una respuesta.

La puerta de cristal se abrió y entraron en Biotech dejando tras ellos el amanecer. Los paneles solares se activaron y el edificio pareció cerrarse como una caja de espejos.

—Te veo agotado, Samuel.

—Estoy despierto.

—¿Todavía sigues con insomnio? ¿Cuánto llevas, seis años?

—Ocho.

Max resopló.

—Debe ser un infierno.

Samuel se encogió de hombros.

—Es cansado. ¿A dónde vamos?

—Cogemos tus huellas y bajamos al laboratorio. ¿Por qué no pasas por cirugía? Seguro que te curan.

—¿Por qué no me hablas de la víctima?

Avanzaron en silencio por el pasillo. A la izquierda estaba la pared de paneles fotovoltaicos mostrando la ciudad que había a sus pies y a la derecha, una balconada que se hundía en las entrañas del edificio. Sonaba una musiquilla estimulante que variaba según la hora del día o las necesidades empresariales; en aquellos momentos marcaba un ritmo que pretendía activar a los trabajadores para el nuevo día.

Samuel se asomó por la barandilla, arriba había más pisos. Miró hacia abajo. Todo estaba iluminado y decorado con metal, colores cálidos y hologramas corporativos. Se veía a gente atareada y el suelo muy, pero que muy abajo.

—¿Estás bien? —Max le cogió del brazo.

—La falta de sueño no es buena para el equilibrio. Estoy bien, sólo es un poco de vértigo.

Frente al ascensor había un mostrador, una recepcionista y otros dos guardias. Había sistemas de seguridad en el pasillo, la mayoría visibles y dedicados a coartar a las visitas. Había detectado uno oculto, lo que

significaba que habría más. Estos últimos los empleaban para eliminar a las visitas indeseadas.

La recepcionista se puso nerviosa. La mujer desvió la mirada hacia Samuel, quien no hizo ningún intento de sonreír.

—Es el agente Samuel, policía —le presentó Max.

De cinco palabras, una era su nombre y dos decían que era policía. Ahora Samuel sí que sonrió.

—De acuerdo —dijo ella—. Mire hacia aquí, por favor.

Un flash irrumpió en su retina. Por un instante, Samuel lo vio todo blanco.

Ella hizo un gesto que Samuel no supo interpretar.

—Bajemos.

Max le cogió del brazo y le llevó al ascensor. Los dos escoltas se quedaron fuera.

—¿Era necesario cegarme?

—Teníamos que comprobar que realmente eras tú.

Al señor Werther le preocupa el espionaje industrial.

—¿Qué piensas que le ha pasado a la víctima?

—Creemos que le han envenenado.

El informe decía: ataque al corazón.

—¿Por eso querías que viniera?

—Sé que tienes experiencia en este tipo de casos, pero no es la única razón. Por cierto, seguí con interés el caso de las viudas negras —meneó la cabeza al recordar los asesinatos en masa.

Samuel bostezó ligeramente tomándose tiempo para pensar.

—Es fácil demostrar las causas de la muerte. Dame el cuerpo y que mis forenses le hagan la autopsia.

—No será necesario —replicó el de seguridad—. Nuestros científicos ya están trabajando con los resultados.

—Era una indirecta para hablar de la razón por la que el cuerpo se encuentra aquí y no en nuestros laboratorios.

—Todavía no puedo entregarte el cuerpo, Sam. Dame unas horas.

El ascensor seguía bajando.

—¿Qué tipo de veneno creéis que han usado? ¿Texural? —ese era el que habían usado las viudas negras para matar a sus maridos.

—Lo estamos investigando —Max lo expresó muy contundente. Era una negación.

—Entonces no es químico. Quizás algo más sofisticado. ¿Es posible que sea una droga diseñada en laboratorio?

La mirada de Max se desvió en un parpadeo.

—También lo estamos investigando.

Samuel fingió otro bostezo.

—De acuerdo. Por lo que sé, los implantes sinápticos registran el estado físico y anímico de su portador. Cuando se produce un accidente el implante da aviso a los hospitales, y en caso de homicidio a la policía. Pero tú llegaste primero a la escena del crimen.

Max se mordió el labio.

—El implante de la víctima es experimental y sigue el protocolo de ser monitorizado desde Biotech. Saltó la alarma porque el corazón de Néstor había fallado y yo corrí a su casa. Por eso llegué primero.

Max se guardaba información. O mentía.

—¿Qué hace tan especial a ese implante?

El de seguridad tardó un latido en responder.

—Tiene incluido un sistema médico avanzado. Puede suministrar calmantes y fármacos además de cicatrizar contusiones, pero su función principal es controlar y regular el organismo.

—¿He de suponer que la víctima estaba enferma?

—No, Néstor no estaba enfermo.

—Repito entonces, ¿qué hace tan especial a ese implante?

—Los implantes sinápticos permiten una mayor inmersión en la realidad virtual, se puede interactuar con los personajes de manera más profunda y además, aunque el argumento de la historia sigue siendo lineal, el espectador tiene una mayor libertad de movimiento. Esto es suficiente para la mayoría, pero hay algunas personas que no se quedan satisfechas y quieren sentir las proyecciones más reales aún.

—¿Y cómo lo hacen?

—Ya sé por dónde sigue el interrogatorio. Sabemos que la policía estáis al tanto de que hay en el mercado una nueva droga diseñada para alterar la percepción de la realidad cuando se conectan al implante.

—Ha habido muertos —le espetó Samuel—, gente que se ha conectado drogada para ver ciertas películas y sus corazones no han resistido la experiencia. ¿Néstor usaba drogas? ¿Es eso lo que le ha matado?

—No usaba drogas, y ya te he dicho que aún no estamos seguros sobre qué le ha matado —Max miró al detective a la cara—. Todo esto es colateral, Samuel. No tiene nada que ver con nuestro caso salvo que esas muertes crearon un problema que afecta al viejo modelo de implantes y que el de Néstor va a cambiarlo todo.

Bajaron unos pisos en silencio.

—¿Por qué va a cambiarlo todo? ¿Qué tiene que ver ese sistema médico?

—Hace meses empezamos a recibir informes sobre algunos ciudadanos que habían sufrido trastornos físicos o mentales tras conectarse. Creímos que se trataba de más casos de ataque al corazón o ataques de neurosis en gente colocada, pero esto era algo diferente pues los fallos procedían del sistema de ciertos modelos de implante —Max levantó la mano como una advertencia—. Por supuesto, ninguno de los afectados usaba nuestros productos, y la competencia ha pagado a los familiares por su silencio. Pero tanta noticia sobre los implantes ha trascendido y el Gobierno ha abierto un sumario. Los burócratas están realizando investigaciones y sabemos que quieren aprobar una ley que restrinja el mercado sináptico, no sólo con pérdidas de millones en todo el sector sino que se frenarían grandes avances científicos. Los abogados de Biotech dicen que si paliamos esa... deficiencia tecnológica en nuestros productos, vetaríamos la ley antes de que se aprobara. De ahí que comenzáramos a experimentar con protocolos de seguridad alternativos, hasta que hemos dado con el sistema médico avanzado —Max calló un momento para clavar su mirada en Samuel—. No es necesario que te explique que esto no puede salir de aquí, y que tampoco existen pruebas de lo que te estoy contando. Esto es confidencial, entre tú y yo.

Samuel asintió encogiéndose de hombros.

—Sin embargo, el sistema médico de la víctima no ha resultado tan fiable como esperabais.

—Controlar el ritmo cardíaco y analizar el torrente sanguíneo son simple rutina. Es capaz de responder con anticuerpos a todo tipo de infección bacteriana, vírica o tóxica, y cuenta con un paquete de nanobots que podrían llevar a cabo una cirugía de emergencia. El sistema médico tenía el historial de Néstor, debería haberle protegido, tendría que seguir vivo.

Pero alguien dentro de Biotech, con acceso a los informes técnicos del implante y al historial médico, podría haber elaborado un compuesto específico capaz de sortear el sistema inmunitario artificial de la víctima.

Samuel relegó esa sospecha y continuó con el interrogatorio.

—¿Cuánto tiempo tardaste en llegar a su casa?

Las cejas de Max se contrajeron.

—Poco más de cinco minutos.

Samuel se llevó las manos a la barbilla para acariciarse la incipiente barba. En cinco minutos no se sobrevolaba la ciudad.

—Llegaste muy deprisa.

—Ya te he dicho que está conectado a nosotros.

—Una verdad no significa toda la verdad. ¿Qué hacía su mujer?

—Tenía aspecto de recién levantada. Estaba histérica.

—Y también la has traído a ella.

Max abrió los ojos con sorpresa, luego los labios mostraron esos dientes blancos que resaltaban en su cara.

—La falta de sueño no parece afectar a tu suspicacia. Sí, ella también está abajo.

—¿Otra de tus brillantes sugerencias a Werther?

—Se llama Johann Werther. Señor Werther para nosotros, pobres mortales. Recuérdalo.

—No hay problema.

—¿Y cómo has llegado a la conclusión de que también está ella?

—Divagando. Un veneno creado en laboratorio, un implante sináptico experimental y un asesinato. El señor Werther teme el espionaje industrial y su primera reacción sería la de proteger su propiedad. Por eso te envié a ti, y tan deprisa. Debías recuperar el implante, y supongo que a cualquier precio. Pero cuando llegaste a la casa te encontraste a su mujer despierta. Para hacerte con el cuerpo tenías dos opciones: usar la fuerza o convencerla; ¿y qué mejor forma de ganártela que prometer que la traerías con su marido?

—Hablar con Lisa era más fácil que las otras opciones que se me dieron.

—Traerte su cuerpo a la fuerza.

—Sí, se me permitió emplear la fuerza si era necesario. Cuando llegué, ella acababa de descubrir a su marido y todavía no había llamado a comisaría. Estaba destrozada —Max se quedó callado.

—Continúa.

—Yo estaba preocupado porque sospechaba que el asesino estaba más cerca de lo que pensábamos, así que no podía perder el tiempo. Le expliqué lo que ocurría... y aquí es donde te equivocas, Samuel: fue ella quien me obligó a que la trajera conmigo —Max parecía divertido ante su propia situación, pero las cejas se le unieron con determinación y se puso serio—. He asegurado a Lisa que permanecerá junto a Néstor hasta que la policía os hagáis cargo del cuerpo.

Le había dado a Samuel más información de la que pretendía.

—¿Habrías robado el cadáver en caso de que ella se hubiera negado?

—No es eso lo que quieres preguntarme. Quieres saber hasta qué punto me he vendido.

—Yo no he dicho eso. Pero sí, ya que lo mencionas quiero saber hasta qué punto vendes tus servicios.

—Mi trabajo consiste en resolver las preocupaciones del señor Werther.

—Una respuesta que insinúa más de lo que dice. ¿Has matado a Néstor?

—No.

—¿Te han encargado hacer daño a Néstor de alguna forma?

—No.

—¿Por qué has titubeado?

—No he titubeado. Sigue interrogándome, te doy de plazo hasta que lleguemos abajo.

Samuel le miró abiertamente. Max se hacía el duro mercenario cuando se mencionaba al fallecido como víctima, pero esa fachada se rompía cuando a Néstor se le daba nombre.

—¿Te ha hablado el señor Werther de Néstor?

—El señor Werther me ha hablado de muchas personas.

Samuel se exasperó.

—Me sugieres trabajos ilegales, hasta violentos si son necesarios, pero evades preguntas directas relacionadas con Néstor. Creo que conocías a la víctima, y también a su mujer, Lisa. Y sospecho que esa relación

nace por intervención del señor Werther. ¿Cuáles eran tus órdenes?

Tlin.

Sonó la campana del ascensor. Las puertas se abrieron y dos hombres de seguridad que había al otro lado les apuntaron con sus armas. Reconocieron a su jefe y Max les hizo un gesto para que volvieran a sus puestos.

—Hemos aislado la planta. Nadie puede entrar sin mi permiso. Es por aquí —señaló el pasillo, al fondo se veía una cristallera translúcida—. Quiero presentarte a... la víctima.

Aunque Samuel era una cabeza más bajo, le agarró del brazo y le retuvo. Max miró al detective a los ojos, y vio cansancio en ellos.

—¿Por qué estoy aquí?

Max no se desembarazó de su mano, sino que colocó la suya sobre el hombro de Samuel.

—Ya te lo he dicho, no olvido a mis amigos. He tenido que pedir favores para que me permitieran traerte. Este caso es algo único y será, sin lugar a dudas, el más interesante de tu carrera.

—¿Interesante?

—Si te dijera que va a ser el más importante, tú pensarías que pretendo tentarte. Sé que te darías media vuelta y regresarías por dónde has venido sin ver siquiera el cuerpo. Por eso te digo que sí, que será el más interesante. Es un caso único y quiero que tú lo lleses. ¿Estás lo suficientemente despierto como para aceptarlo?

—¿Qué tiene de interesante un caso de asesinato?

—No el caso: la víctima y su implante.

Samuel suspiró con resignación, hasta que aceptara el caso no obtendría respuestas. Y la verdad es que

Max había despertado su curiosidad, normalmente abotargada por la falta de sueño.

—Llévame hasta Néstor. Llévame hasta el muerto.

NÉSTOR

Néstor se despertó con la boca seca, la almohada llena de las babas del sueño profundo y la cabeza pesada, como si tuviera resaca. Resopló e hizo acopio de fuerzas para levantarse de la cama. Un despertador anacrónico todavía canturreaba su *bip-bip-bip* con inagotable energía. Estuvo tentado de estrellarlo contra la pared, pero era un holograma y se contentó con enmudecerlo de un manotazo.

—*Son las seis de la mañana* —avisó el ordenador central de la casa.

Lisa bostezó y se sentó en la cama. Néstor admiraba en secreto su prominente barriga, ella sonreía sabiéndose observada.

—Buenos días —Lisa le besó.

Kali, tumbada en la colcha y con aire indiferente, maulló exigiéndoles que terminaran con sus arrumacos.

Néstor fue a la cocina agradeciendo el nuevo día. Se agachó y activó de forma manual el dispensador de comida para la gata, desconectado desde el día que lo compraron. Kali no había tardado en descubrir cómo funcionaba. Era una glotona y con la edad había engordado mucho.

¡Ah, la buena vida! Qué estragos causa, pensó frotándose el músculo vago que era su barriga. Escuchó

el rumor del agua caliente del baño y la voz de Lisa tarareando una canción infantil.

Néstor todavía sonreía cuando puso dos vasos en la rendija del frigo y apretó el símbolo de una naranja. Activó una tabla holográfica y pulsó Fe para el vaso izquierdo. Pasó a modo de recuperación de biomasa y escribió: macronutrientes N, P y K.

Y a esperar.

El frigo era de acero y cristal transparente, Néstor había insistido en ello cuando lo compraron. Podía pasarse largos minutos delante de la puerta siguiendo con interés el proceso que le exigía al aparato.

Media naranja cayó a un exprimidor, *trrru*, vaso derecho lleno. La otra mitad, *trrru*, vaso izquierdo lleno. La pulpa y la piel, *chof-chof*, machacadas. Y ahora, escupe. Una gota de color óxido cayó al vaso izquierdo. Mientras tanto, la luz roja del cubículo de biomasa desecaba los restos.

Néstor se percató de que Lisa le estaba hablando.

—¡Sí! —gritó—. ¡Seguro que hoy cierras la operación!

No se había enterado ni de media frase. Había escuchado algo de *llamar* y *cliente*, con eso le bastaba para entender el resto. Ella estaba preocupada por el trabajo. Desde hacía varios meses intentaba conseguir una cita con un inversor y, por fin, habían quedado esa mañana. Era importante, había mucho dinero en juego, pero Néstor sólo pensaba que le serviría a Lisa para alcanzar el presupuesto que la empresa le exigía.

Él le había ofrecido parte de las rentas de su último libro pero ella, orgullosa, se había enrocado en su negativa. A los jefes de su mujer no les hacía gracia su

embarazo y la estaban presionando. Lisa iba a sacar el presupuesto por sus propios medios y nadie podría anotarse sus tantos o negar que era la mejor en su trabajo. En fin, si conseguía la firma, le haría caso en lo de adelantar el descanso maternal.

Volvió a centrar su atención en la fascinante licuación de los desperdicios. Se apagó la luz roja, se encendió una amarillenta y los restos terminaron de secarse. *Tlin*, sonó una campanilla. El resultado era un pequeño dado poroso y desmenuzable, un abono rico en nitrógeno, fósforo y potasio.

Después lo esparciría por el jardín, ahora debía ocuparse de la futura mamá. Contempló los dos vasos. El izquierdo, se recordó a sí mismo, para Lisa es el izquierdo.

Caminó por el pasillo pensando que de una naranja habían salido dos vasos de zumo, algo normal en estos tiempos pero no tanto en la época de sus abuelos. Hacía cincuenta años que la Ley de Productos Transgénicos había sido aprobada, después de las convulsiones ecológicas y la Gran Hambruna. Los medios de comunicación no tardaron en cambiar radicalmente el tono de sus opiniones cuando los dueños de las cadenas invirtieron en genética. Hoy, la Red y la holovisión estaban de acuerdo en que la manipulación de los alimentos había paliado el hambre en el mundo. O por lo menos en aquellas regiones que podían permitirse alquilar los servicios de un arquitecto genético de semillas, por supuesto.

Rememoró las proyecciones de aquella época en que la ingeniería genética estaba en pañales y los

políticos hacían campaña en nombre de la ética religiosa. Pero la ética económica había sido la vencedora.

Podría ser un buen argumento para su siguiente libro. A Néstor le gustaba definir su trabajo como el de los arcaicos escritores, y su obra, aunque fuera mental, como libros. Estaba sumido en el esquema de una historia basada en la alteración genética como medio conductor a... a algo.

Donde la esencia misma de la carne ha cambiado.

Néstor lo podía ver. Abrió un archivo de memoria y grabó lo que creaba su imaginación. Un pueblo enmarcado con negro de fondo, la luna brillando tenuemente y las constelaciones como puntos de luz. Primer plano a vista de lector, mirando la noche. La temperatura y humedad controladas para proporcionar sensación de brisa y humedad. Era una maravilla el nuevo implante, pensaba mientras construía la escena. La capacidad de inducir estímulos era asombrosa.

Se escucha el canto de los grillos. Un meteorito cruza la línea de visión. Aquí tendría que centrar la sensación acústica, un instante ensordecedor cuando el meteorito rompe el cielo sobre su cabeza, un sonido grave y que hiciera eco en el corazón, junto con la ansiedad de una leve descarga de adrenalina.

La imagen sigue la estela fulgurante, aumento de la sensación térmica durante un segundo para crear la impresión de cercanía y velocidad del meteorito.

Cambio de plano. Vista aérea para mostrar el impacto y meter caña al tímpano.

Se ve un campo sembrado a las afueras del poblado. El plano se acerca al meteorito, a la nube de esporas que poliniza las plantas y abona el suelo. Ya tenía

el origen de la contaminación alimentaria. Néstor detuvo la implementación mientras reflexionaba. Mejor un lago. Como un dios ante su creación, de un gesto hizo desaparecer la campiña y el escenario se transformó en un lago.

Muy bien, la roca surgida del espacio cae en el agua dulce que da vida a la flora y fauna, y que llega hasta los grifos humanos...

¿Otra vez pensando que la amenaza procede del espacio?

Era difícil salirse de la rutina, pero también era difícil olvidar aquella transmisión que decía: *Habitantes de la Tierra, humanos...* Ya habían pasado diez años desde el primer y único contacto con una civilización extraterrestre. Dijeron que estaban ahí fuera y luego callaron. El ser humano ya no estaba solo. Había vida ahí fuera.

El camino a las estrellas estaba abierto gracias a unos científicos que se encontraban en la Luna, donde habían construido un astillero como puente hacia el exterior. Pero la mayoría de las personas seguían temiendo a lo extraño, seguían con miedo de mirar al cielo y se descargaban proyecciones sobre aberrantes monstruos surgidos de las estrellas. Eso generaba mucho dinero y había un ejército de artistas dedicados a ello. Néstor era uno de esos mercenarios pero, de vez en cuando, le gustaba probar técnicas diferentes y experimentar.

No importa si las herramientas ya han sido empleadas, sino hacer de ellas una creación nueva. Un campo de cultivo o un lago, invasores del espacio o mutaciones biológicas. Las tramas de las historias están

definidas desde que el hombre se sentaba alrededor de la hoguera, la ubicación espacio-temporal evoluciona como generador ambiental y el antagonista puede tener mil rostros, pero siempre será lo mismo: un espejo que muestra lo que esconde el alma humana. Si todo se ha hecho y todo se ha dicho, ¿qué me queda?

La imaginación, concluyó. Su trabajo consistía en desenterrar fósiles con herramientas gastadas, dar vida a los huesos de la trama y recrear los músculos con personajes, tan diferentes del autor como un hijo lo es de su padre. Antes la carne y piel estaban definidas por palabras, aunque hoy los implantes eran una herramienta que estaba creando un nuevo lenguaje pero, al final, todo eran símbolos que enmarcaban los conceptos que hay en la mente, códigos de acceso al subconsciente...

La realidad parpadeó.

Estoy sentado conectado a una historia dentro de otra historia que conecta a otra historia.

Néstor estaba parado en medio del pasillo, con el vaso de zumo en la mano. La puerta entreabierta del baño dejaba salir el vapor y en el espejo impermeable se veía la figura embarazada de Lisa.

No quería una historia con monstruos o alienígenas generando inquietud, donde el estímulo que asusta procede de fuera. Quería buscar el origen del miedo, allí donde residía la oscuridad, en el interior de los propios personajes. Delante tenía el reflejo de Lisa, la toalla alrededor de su cabello, sus manos empapadas en crema acariciando su desnuda barriga, sus crecientes pechos.

A Néstor se le vino a la cabeza la escena de una madre asustada porque tiene dentro un ser extraño. La obsesiva xenofobia ha culminado en madres temerosas

de gestar a sus bebés. Histérica ante el espejo, desquiciada por el miedo hacia esa criatura...

Cerró los ojos y se obligó a borrar esa imagen de su mente porque había empezado a sentir miedo de sus propias ideas.

Un latido en blanco.

Lisa abrió la puerta del baño y Néstor levantó como un autómatas el vaso de zumo, ella le sonrió. Estaba resplandeciente.

—Gracias —se lo bebió.

—*Son ya las seis y media* —avisó la casa.

—Llego tarde.

Lisa se dirigió a la habitación con Néstor pegado a su trasero y las notas mentales relegadas a un segundo plano. Ella se vestía y él recogió la ropa del suelo, e hizo un montón con ella. Dio un paso hacia atrás y pisó un trasto, su otro pie golpeó algo. Se detuvo para observar con aire crítico el cuarto. Libros impresos, pliegues de datos y calcetines esparcidos por toda la habitación.

—Esther se va a enfadar cuando vea este desorden —comentó Lisa.

Sus palabras no llegaron a Néstor, que estaba inmerso en un campo de batalla, en soldados avanzando con dificultad por tierra hostil...

No podía ser en la Tierra. Algo bueno que había traído el contacto con especies alienígenas era detener las guerras entre humanos. Hoy los soldados estaban acuartelados y ninguna región amenazaba a sus vecinos. Entonces, ¿dónde se encontraban esos soldados? *Mmm*. Fuera de la Tierra, en el astillero lunar, o puede que en Marte.

Últimamente las noticias advertían que se iba a producir una fulguración solar de cierta intensidad, una tormenta de energía de las buenas, de esas que achicharran los satélites. Podía usarlo como desencadenante de la historia. A Néstor le gustaba incluir detalles de realidad en sus obras.

El grupo de soldados se mueve con torpeza por la tierra oxidada de Marte. Trajes blancos en un mundo rojo. En sus visores reflectantes incide la luz solar, que fulgura como intensas oleadas. El silencio se mantiene en toda la escena.

El grupo se detiene, señalan a lo lejos. Es increíble lo que tienen delante, imposible pero real. La imagen se centra en uno de los cascos, se introduce en él y se pasa a primera persona. El lector verá un rojo horizonte manchado por un tupido campo verde que sirve de alfombra para una llanura boscosa. Las transmisiones comienzan con estática de fondo...

—Joder, ¿esto es real?

—Afirmativo, sargento. Las lecturas confirman la presencia de vida unicelular y vegetal, además de una alta concentración de dióxido de carbono y oxígeno. En esa zona hay atmósfera.

—Eh, jefe, ¿no se supone que el Gobierno todavía no ha comenzado la terraformación?

Lo que se supone es que eso de ahí es imposible. El sargento de la escuadra, un astronauta veterano, repasa mentalmente toda la información que el alto mando le ha facilitado. Los científicos enviados a Marte se habían quedado mudos tras la erupción solar. Sus órdenes son investigar lo sucedido, y deprisa.

Aún no hemos llegado a Marte, se dijo Néstor, pero estamos en la Luna y sabemos que ahí fuera hay otros. Mi hijo va a vivir momentos únicos...

—Puede que esto no sea Marte —murmuró el sargento.

Si no era Marte, ¿dónde estaban? Quizás era un mundo agonizante, un planeta que está vivo, un ser que entiende que la poca vida que queda en él se está erosionando. Y, de repente, llegan fuerzas extrañas, humanos del tamaño de parásitos pero aun así inteligencias con las que comunicarse, a las que transmitir su legado...

Hay un rumor parecido al del agua, los trajes se agitan por el viento. Están de pie en un polvoriento y gastado desierto. Frente al sargento se encuentra la exuberancia de una jungla. No sabe qué pensar y sus hombres esperan órdenes...

—Deberíamos comprar un robot doméstico.

El sargento parpadea sin comprender antes de desvanecerse dentro de la cabeza de Néstor, que dejó de soñar despierto e interrumpió la grabación.

—No —contestó a su mujer después de asimilar la sugerencia.

Lisa estaba junto a la puerta abierta, que dejaba entrar la mañana.

—¿Por qué no? Limpiaría la casa y tú tendrías más tiempo para escribir —a ella también le gustaba usar ese arcaísmo.

Néstor, pensó que Esther ya se encargaba de... Un momento, ¿por qué pensaba que su vecina Esther iba a venir a limpiar?

—No quiero un robot —respondió perplejo.

—Vamos, no seas gruñón.

—No gruño y no quiero un robot... ¿No hemos tenido antes esta conversación?

—¿Por qué no quieres un doméstico?

—¿Esther no nos limpia la casa? —insistió Néstor

—¿Nuestra vecina? Claro que no. ¿Estás bien?

—Sí.

—¿Y sobre lo de comprar un robot doméstico?

—No. Quiero ser yo quien arregle la casa, quiero ocuparme del jardín y quiero verte sonreír cuando llegas y te encuentras con la comida en la mesa.

Ella soltó una carcajada y le dijo pícara:

—Lo que te gusta es cómo te doy las gracias.

—¿Qué? ¡No! Puede que un poco... —Néstor se acercó y la abrazó—. Me encanta, ya lo sabes. Pero cuando nazca nuestro hijo, quiero ser yo quien le cambie los pañales.

—¿Es por el dinero? Todavía son un poco caros pero los robots...

—Ya sabes que no es por el dinero —él se apartó hastiado—. Conoces mejor que yo cómo va nuestra economía doméstica. Hemos usado buenas historias en versiones impresas, a pesar de que podíamos ganar mucho más si se las entregábamos a HoloCorp. Del dinero sólo me interesa no preocuparme por él, y por eso Werther no encuentra la forma de presionarme —volvió a acercarse a ella y le dio un beso, tierno—. No quiero un robot porque no puedo pasarme todo el tiempo trabajando. A veces necesito despejarme y desconectar un rato. Las tareas domésticas, salir a pasear, matar orcos en el *Fantasy Crisis* o cualquier otra cosa que rompa la rutina me vienen bien. Dejar de pensar ayuda a pensar.

Lisa, aún abrazada por Néstor, se pegó a él y le besó ronroneando como una gata. Se apartó precipitadamente, le cogió la mano y la apoyó en su vientre.

—¿Lo sientes? —él no contestó.

Tampoco era necesario. Estaba embobado. Siempre se quedaba sin palabras cuando notaba aquellas patadas dentro de la barriga de Lisa. Una nueva vida se estaba gestando, su hijo, la mayor creación de su vida.

—*Son la seis y cuarentaicinco* —avisó la casa.

—Llegas tarde.

Lisa, como si mirara por última vez a Néstor, tuvo tiempo de darle un beso de despedida.

SAMUEL

Lo primero que Samuel vio del laboratorio fue la placa que identificaba el proyecto en el que se estaba trabajando: *Mente en blanco*, un nombre que podía decir mucho sin decir nada.

El lugar era amplio y constaba de dos niveles. En el piso inferior había una hilera de electroencefalógrafos y pantallas de registro orgánico, donde un técnico se movía arriba y abajo controlando dispositivos y manipulando diales. Estaba algo apartado y trabajaba de espaldas a la puerta de entrada.

—Ese es Ángel, el técnico —le señaló Max.

En el centro y dominando la sala había un mostrador metálico del que surgía la proyección de un cuerpo humano y que ocupaba gran parte del espacio. Ligeramente translúcido, el holograma revelaba los diferentes sistemas y órganos de la maquinaria humana.

Cerca de la radiante mesa estaba el centro de control, donde una pantalla gravitaba ignorada por el hombre que se sentaba frente a ella, de unos treinta y cinco años, moreno y de constitución atlética, alguien que usaba el ocio para hacer deporte. Tenía los ojos enrojecidos y parecía apesadumbrado, abatido.

Samuel le señaló con la cabeza.

—¿Quién es? —le preguntó a Max.

—Fran, director informático del proyecto *Mente en Blanco*.

—¿Tiene relación con la víctima?

El negro rostro de Max se tensó y su respuesta fue fría y concisa.

—Es el hermano de Néstor.

En el piso superior, tras la cristalera, un hombre maduro y con traje caro miraba hacia abajo. Era alto, delgado pero fibroso, de cabello cano y unos sesenta años, por lo menos en apariencia. Su rostro estaba contraído y las arrugas de su frente señalaban un perenne fruncimiento de ceño: preocupación y enfado eran constantes en su vida. Samuel se preguntó, respecto a la muerte de Néstor, cuál de estas dos emociones le dominaba.

—El señor Werther, supongo.

—Sí —Max levantó la mano para hacerle callar y se señaló el intercomunicador que tenía tras la oreja. El de seguridad miró hacia arriba y asintió con la cabeza—. Sí, señor Werther, es el detective Samuel, de la comisaría regional. De acuerdo, ahora mismo se lo enseño —se volvió para mirar al policía a la cara y siguió hablando—. Sí, señor Werther, sabrá comportarse... No, no le dejaré que toque nada.

Samuel se dio la vuelta, levantó el puño hacia el señor Werther con el pulgar hacia arriba. Max le agarró del brazo y se lo bajó de forma brusca.

—Vamos, acompáñame —se dirigieron hacia una pared de cristal reflectante llena de lucecitas—. ¿Por qué has hecho eso? Te he advertido que tengas respeto con él y la primera vez que te ve haces el payaso.

—¿Qué te ha dicho?

—Nada, ha cortado la comunicación.

—Bien.

—¿Cómo que bien? —Max frunció el ceño.

—Me ha dado un valor para saber la importancia que le da al caso.

—¿Has hecho el imbécil para ver su reacción? Te podía haber mandado a la calle.

—¿Sí? Sería una verdadera lástima.

—Con una paliza de propina.

—Estoy muy cansado como para defenderme. Seguro que tú sólo te habrías bastado para dármela.

—Eres un cabrón.

—Por eso me has metido en este asunto —le respondió Samuel con cansancio.

Una sección de la pared de espejos se encontraba abierta como una mancha cuadrículada. Dentro, el salón mortuorio estaba dominado por las sombras. En el centro había una urna de cristal luminoso y en su interior, el cadáver de Néstor. Frente al sarcófago electrónico se veía un sillón y, sentada en él, una mujer con un enlace de conexión sináptica. Era morena, de unos treinta años, de complexión fuerte y agraciada. Aunque estaba sumergida en una proyección virtual, lloraba.

Samuel indicó lo evidente:

—Su esposa.

—Sí. Ella es Lisa y él Néstor.

—¿Por qué le tenéis ahí encerrado? ¿Por qué ella está conectada? Y, sobre todo: ¿qué hago yo aquí?

—Usted está aquí para esperar.

Se dieron la vuelta ante aquella voz firme y autoritaria. El señor Werther se acercaba salido de alguna parte de las sombras de la estancia.

—¿Y qué debo esperar, señor Werther?

—A que Néstor muera, por supuesto.

Samuel cerró los ojos y dijo:

—De acuerdo. Está muerto pero tenemos que esperar a que muera.

—Su cuerpo está muerto, agente Samuel, pero su cerebro sigue vivo.

—Sé que el cerebro puede tardar unos minutos en morir después de que el corazón deje de latir, pero...

El señor Werther le interrumpió.

—Hasta que el cerebro no muera, el cuerpo no saldrá de estas instalaciones.

Samuel miró hacia el féretro, luego a la mujer del difunto. Abrió los ojos sorprendido.

—El implante de la víctima sigue recogiendo datos. Está registrando la muerte cerebral de Néstor.

El director levantó una ceja.

—En efecto, y el sarcófago ralentiza el proceso. Parece que empieza a entenderlo, agente Samuel. ¡Hoy vamos a traspasar las fronteras de la muerte! —exclamó.